

porque en este castigo resplandece la divina misericordia. Sin ninguna duda oso afirmar, que los pecados todos de este hombre así resignado se consumirían y desaparecerían más presto que una gota de agua ó una pequeña arista en un fuego mayor que el del horno de Babilonia; porque llegó al último grado del negamiento de sí mismo.

§ IX.

DISCÍPULO. ¿Qué sientes tú de las recaídas de algunos varones ilustres y aventajados en santidad, y de muchas canas y años de espirituales ejercicios?

MAESTRO. Que no sacaron de raíz y de cuajo los pecados de sus almas, ni murieron perfectamente á ellos; y quedándoseles algunos raigones escondidos en lo secreto del corazón, como enemigos en celada, cuando más seguros salieron y dándoles zancadilla, miserablemente los derribaron. Por lo cual debes mirar diligentemente á qué vicio te sientes más inclinado; y sabido el que es, aplicar allí toda la artillería de las virtudes: porque como la experiencia nos ha enseñado, por un sólo portillo se suele perder una ciudad. Y sea la resistencia luego en los principios de manera, que en sintiendo brotar en tu alma algunos

malos pensamientos ó engendrarse alguna poca de afición carnal, les hurtes con destreza y ligereza el cuerpo y te conviertas á Dios, único refugio y defensor tuyo: porque con la tardanza y perniciosa disimulación estas pasiones crecen y se apoderan del castillo del corazón, y puédense después despedir y echar de él con grandísima dificultad; y si tienes cuidado en estorbarles la entrada ó el hacer asiento en el alma, á muy poca costa y casi sin pesadumbre te librarás de ellas. ¡Ay del que se descuida en cosas pequeñas, que muy cerca anda de caer en las mayores! Sí, que negocio llano es que cuanto más se retienen los pensamientos malos en el corazón, tanto más se apoderan de él; y cuanto más á la larga se se procede en ellos, tanto es mayor el peligro y la vuelta á Dios más dificultosa. Cuanto más, que nuestro adversario, que jamas descansa ni duerme, ni nos deja de seguir y acompañar á cuantos pasos damos; á la parte que nos siente inclinados, como tan sagaz y astuto, se acomoda y aplica, y administra fuerzas á la maldad. Todo se hace ojos, como otro Argos, y atento á lo que hablamos y tratamos, y al semblante que hacemos en los sucesos de la vida, ninguna ocasión pierde en nuestro daño. Por una ventana muy pequeña se entra, si inconsideradamente la halla abierta; y cuando

está todo cerrado , se suele entrar por un resquicio, y saquear todo nuestro caudal y sustancia. Aunque, cierto, el dejarnos vencer del demonio es cobardía grandísima y que nos queda sin excusa para el día de la cuenta, como lo sería en un soldado armado de todas armas que se rindiese al aguijón de un mosquito; porque, como dijo Santiago, en haciéndole rostro y resistiéndole un poco , va corrido, y lleno de confusión huye de nosotros. Desdichado del que así vencido bajase á aquella no conocida región del infierno , porque será mofa, escarnio y risa de toda la vil canalla de los demonios, que no es pequeño tormento entre los demas que allí se padecen. Y es la razón, porque en esta Iglesia militante, cuya cabeza es Cristo, tanto de gracia y ayudas de costa tenemos , si acudimos con humildad á Dios, que nos es facil echar por tierra y vencer todos nuestros enemigos visibles é invisibles. Sí, que escrito está: *Pedid y recibiréis*; y en otra parte: *Ensancha tu boca y llenártela hé*. Y en otra: *Cualquiera cosa que orando pidiéreis, tened fe de que la recibiréis*. Temió el criado de Eliseo, dice la Escritura, acabar con la vida viendo los coches y caballería del rey de Israel, y hace oración el Profeta, y vió luego el monte lleno de hombres de á caballo armados en su defensa, y perdió con esto el miedo.

Verdaderamente son más y mayores los favores que hay de nuestra parte, que los enemigos que nos hacen guerra ; sino que para alcanzar victoria es menester huir á los montes como Eliseo , é insistir en la oración con perseverancia, de día y de noche; que la que sale de nuestro corazón encendido y ferviente abrasa y quema á nuestro adversario y le destierra lejos de nosotros. En todas tus necesidades acude á Dios , y con un saludable menosprecio tuyo, como pobrecillo mendigo y siervo sin provecho, postrado á sus piés, muéstrale y descubre tu conciencia mal mortificada; y perseverando en su acatamiento, aunque te parezca que no te oye, ten por respuesta de que tu oración le es acepta , el sufrimiento y paciencia en tu trabajo , y el no declinar á placeres vanos y fuera de Dios. No confies en alguna de las criaturas, ni en tí mismo, porque si esto haces , hallarás al cabo de la jornada frustradas todas tus esperanzas y mentirosas todas tus promesas , y perdido el tiempo, trabajos é industria, y con mofa y escarnio se dirá de tí: «Veis aquí un hombre que no puso á Dios por ayudador y defensor suyo , sino esperó en la muchedumbre de sus riquezas, espirituales ó temporales , y prevaleció en su vanidad».

§ X.

DISCÍPULO. ¿Qué haré, Padre mío, que muchas veces me aflige y molesta el enemigo con la representación de los antiguos pecados, y aborreciéndolos yo de todo corazón, parece que los amo de todo corazón, y que me deleito en ellos?

MAESTRO. Yo no me maravillo de ver esos muertos resucitados; porque, como dijo el santo Job, el soplo de la antigua serpiente es de manera, que los carbones, una vez apagados y fríos, hace que ardan y levanten llamas; ni me pesa de que te sean molestos, porque no te puede dañar lo que contra tu voluntad padeces, ántes aumenta la corona y el premio. Sería, empero, para llorar, que te sucediese lo que á uno de los Macabeos, que le mató un elefante que había él muerto. Y al fin vemos cada día hombres, que cuando sus pecados vivían y reinaban en ellos, con el favor de Dios y por virtud de la penitencia los vencieron y alcanzaron victoria y triunfos gloriosos, y después murieron á manos de esos mismos pecados, vencidos y muertos. Que, como el huevo frío y helado, con el calor de la gallina vive y sale á luz; así el pecado, si halla lugar en la conciencia, con el calor

del demonio y su soplo resucita y mata á quien primero le mató. Como se dice del huevo del áspid, que quien le quiebra muere. El remedio que dan los santos para estas representaciones tan molestas y peligrosas es la representación de Cristo crucificado, y con mucha razón, por cierto; porque si la piedra imán tiene virtud de atraer el hierro, y muchas yerbas la tienen para curar enfermedades, como se dice del dítamo, que saca la saeta metida en las entrañas, ¿por qué la pasión de Cristo, que fué recetada en el cielo contra los pecados vivos, no ha de bastar para tener á raya y lanzar de nosotros los pecados muertos? No hay clavo que así despida y saque otro clavo, como la imagen de Cristo puesto en la cruz, representada y plantada en el corazón, despide y destierra de él todo mal pensamiento y mal deseo. Más digo yo: sólo mirar devotamente á Cristo en la cruz con los ojos corporales compone un hombre y le hace volver sobre sí; que, como notó agudamente un sabio, los soldados le taparon los ojos en el Pretorio; porque estando descubierto les ponía empacho y causaba reverencia, y no osaban llegar á él. Conserva, pues, esta imagen preciosa de Cristo viva en tu memoria, en todo tiempo, lugar y negocio, así en la prosperidad como en la adversidad. Y si comieres, moja todos los bo-

cados, como en una salsa soberana y apetitosísima, en la sangre de sus preciosas y rosadas llagas. Cuando bebieres acuérdate que tu Dios gustó por tí hiel y vinagre y la muerte, como dijo San Pablo. Cuando te lavares no te olvides del costoso lavatorio con que Dios lavó tu alma sucia y asquerosa con pecados. Cuando te fueres á acostar, mira bien la cama durísima en que tu Dios durmió aquel postrero sueño de la muerte, y sobre su corona de espinas, como sobre una almohada sembrada de rosas y de muchas labores, reclina tu cabeza. Y si con el hombre exterior ha de haber este cuidado, ¡cuánto mayor le pedirá el hombre interior y divino! No seas de aquellos que hacen sus obras por costumbre y sin consideración, salgan como salieren; sino está siempre advertido que el entendimiento y la razón precedan á todas y vayan delante; porque donde los sentidos son los primeros, está sin duda el manantial de todos los males y el vivir según el hombre animal, que en el primero de estos Diálogos queda condenado.

§ XI.

Ante todas cosas, cuanto á lo exterior, trabaja de refrenar tu lengua y apártate de hablillas ociosas y jocosas, que ni para la gloria

de Dios ni para edificación de los prójimos son de provecho; sólo sirven de vaciar el corazón de la devoción y calor espiritual; y al fin está escrito: «De toda palabra ociosa que los hombres hubieren hablado, han de dar cuenta estrecha en el juicio de Dios». El mucho hablar de fuera, dice San Bernardo, digno es de mucho aborrecimiento; mas la habla interior con Dios merece toda alabanza.

DISCÍPULO. ¿Qué llamas palabra ociosa?

MAESTRO. La que carece de buen fin; y porque yo le quiero dar á esta plática, porque se hace hora de recogernos, avisote que pongas muy gran cuidado en la lengua, que, como dijo el Sabio, en ella está la muerte y la vida; y cuando necesariamente hubieres de hablar, sea con pecho cristiano y limpio, con palabras agradables, pocas y humildes, cercenando toda materia de conversación prolija y larga. Nunca porfiés contradiciendo á alguno, antes de buena gana da lugar á quien contigo porfiare, para que puedas tener de esta manera paz segura y nunca perturbada con Dios. Guarda la vista cuanto te fuere posible, de suerte que vanamente no se derrame; porque de la poca cautela en el mirar de ordinario entran en el alma muchas imperfecciones ó imaginaciones dañosas y se levantan muchos movimientos, que hacen perder la paz y el

sosiego espiritual, y se siguen otros infinitos daños, casi irreparables. Y dijo y confesó Jeremías, que su ojo le robó su corazón. Y en otra parte, que le entró á saquear las riquezas interiores por las ventanas del cuerpo, la muerte. Y el santo Job estaba concertado con sus ojos de que no habían de mirar la doncella, por santa y encerrada que fuese. ¡ Oh, cuántos los levantaron libres y los abajaron cautivos, y el corazón con ellos! Quédesese á un cabo este mundo, pues fuera de Dios todo lo que en él hay es vano, y el hombre más vano que la vanidad misma. Yo me consolara mucho si trabajases tanto por alcanzar y poseer á Dios y á su Reino, como trabajan los necios apreciadores de las cosas por las perezosas riquezas y honras mentirosas y vanas. Tu principal cuidado sea de conservar pura, desnuda, quieta y sosegada el alma, para que ninguna criatura ni deseo vicioso se imprima ó se llegue á ella. No te impliques ni enredes en negocios, por piadosos que te parezcan, si no te fueren por la obediencia encomendados; porque, como dijo el Apóstol, ninguno que milite á Dios y lleva sueldo y paga en su casa y debajo de su bandera, se ha de entrometer en ocupaciones seculares; sino procurar darse todo á Aquel al cual se dedicó y prometió. La soledad, el recogimiento, el silencio y la vigi-

lantísima observancia del corazón, y la atención á la habla ó inspiración divina, es la base y el fundamento de la vida espiritual.

DISCÍPULO. De nuestro Padre San Francisco he leído yo, que traía tanta atención á la visitación del Señor, que si yendo de camino sentía dentro de sí algún tacto y sentimiento del cielo, se detenía y estaba como inmóvil hasta haber gozado despacio de aquel relieve que le era enviado de su Dios.

MAESTRO. Si así lo hiciésemos todos, otro pelo traeríamos; pero somos exteriores y sabemos poco de la introversión esencial, y así dejamos pasar por alto mil regalos que el Espíritu Santo nos administra. Y plega á Dios no seamos como aquellos ignorantes hebreos que les llovía Dios manjar suavísimo y que en sí traía todo buen sabor, y suspiraban por las ollas que dejaron en Egipto. Para todas estas cosas es muy necesario tener un maestro de virtud, de ciencia y experiencia, con el cual se comuniquen los secretos del espíritu, y á quien en lugar de Dios se obedezca; porque habemos visto muchos miserablemente caídos en mil lazos y embustes del demonio por fiarse demasiado de su parecer, hasta ponerlos en una cruz y no consentirlos comer en muchos días contra la obediencia de sus superiores. Pero advierte, que el discípulo no ha

de tratar fuera de confesión con demasiada familiaridad y amistad al maestro, gastando el tiempo en pláticas excusadas con él; porque por este camino se pierde poco á poco la espiritual vergüenza y el respeto que como á padre se le debe, y se impide el aprovechamiento religioso y santo.

DISCÍPULO. A lo ménos yo no te lo perderé jamas, porque conozco haber recibido de tí lo que por ningún servicio te podré pagar; y paréceme cierto, que, como el santo Fray Gil confesaba haber sido reengendrado tres veces, conviene á saber: en el bautismo, en la profesión y en un éxtasis que gozó en Cortona; así yo me conozco otro del que solía ser después que oigo tus consejos y sigo la doctrina que me enseñas; porque verdaderamente hablas al alma y la encaminas á vivir vida esencial é interior y divina.

MAESTRO. Harto me consuelo de verte tan aprovechado, que te reconozcas otro del que ántes eras, y deseo mucho que poco á poco subas á la perfección y llegues á la vista y posesión del Reino de Dios, que, como tengo dicho, está dentro de tí; lo cual requiere grande pureza de alma, grande limpieza de conciencia y un destierro preciso de todo pecado mortal; y cuanto te fuere posible, debes desterrar también el venial.

§ XII.

DISCÍPULO. Yo he oído que no se puede vivir sin culpas veniales.

MAESTRO. Por lo ménos es de fe que ninguno, en el estado de la naturaleza caída, aunque esté en gracia de Dios, puede evitar todos los pecados, entrando en esta cuenta los veniales, si no fuese por particular privilegio, según que de la Virgen Nuestra Señora lo tiene la Iglesia.

DISCÍPULO. ¿Y cada uno de por sí?

MAESTRO. Muy bien, y los deseos y aficiones al pecado se pueden mortificar ayudándonos Dios con su gracia; lo cual es no solamente provechoso, sino muy necesario: porque este es principio único y singular, sobre que se funda la vida espiritual. Y pues te digo verdad, y en saberlo obrar está mucha parte de nuestro aprovechamiento interior, advierte que hay muy grande diferencia entre los pecados que llaman accidentales, ó de paso, ó casi no voluntarios, que San Pablo llamó humana tentación, y los que se dicen estables y de asiento, ó de la voluntad viciosa. Los primeros proceden de la flaqueza de nuestra naturaleza enferma y caída, cuando, sin pensarlo nosotros y estando con propósito de no

ofender á Dios ni apetecer cosa contra su voluntad ni fuera de ella, se ofrecen algunas ocasiones de caídas, como suele acontecer hablando, comiendo, hospedando los hermanos que vienen de fuera; que en tales tiempos se escapa, sin pensarlo, la palabra ociosa ó de murmuración, ó se recibe más gusto con la comida de lo que convendría, etc., lo cual se llora luego y se propone la enmienda. Estos pecados no son muy dañosos, porque el buen propósito persevera firme, y el íntimo del alma está sano y sin alguna corrupción, por lo cual fácilmente nos perdona Dios y nos recibe á su amistad. Pero aquellos que están de asiento en nosotros y reinan en nuestro cuerpo mortal, como dice el Apóstol, sin duda impiden mucho para el aprovechamiento interior. Son culpados en estos pecados los que sin esperar ocasión, de su voluntad la buscan y se entran en ella. Buscan las conversaciones, los juegos, las comidas, y otras recreaciones de los sentidos, á que Dios verdaderamente no mueve ni se le pueden referir á él.

DISCÍPULO. De los que en semejantes culpas voluntariamente permanecen, poca esperanza se puede tener que aprovecharán en la vida espiritual.

MAESTRO. En cuanto fueren negligentes

en mortificar los tales afectos, es muy cierto eso que dices; porque está en ellos la caridad muy resfriada y el fervor de la devoción muy caído; y aunque, como dicen los teólogos, por los pecados veniales no somos vistos desobedecer á la divina ley, ni ménos privan de la gracia, ni destierran de nuestras almas la paz interior, debemos, empero, acusar en nosotros las tales culpas y llorarlas, y con todas las veras posibles huir de ellas. Porque como dijo el Sabio, el que se descuida y no hace caso de las cosas pequeñas, poco á poco vendrá á caer en las mayores; que aunque las vides puestas al sol el sol no las queme, dispónense á lo ménos para que el fuego haga esto más fácilmente. San Isidoro dice así: «Hay unos pecados livianos, que de los principiantes con la satisfacción de cada día son purgados; los cuales evitan los perfectos como pecados graves». «¿Y qué deberían hacer, dice él, los grandes pecadores que gravemente cada día ofenden, pues los siervos de Dios que tratan de la perfección, las muy leves culpas como gravísimas lloran?»

DISCÍPULO. Mucho mal he oído decir siempre de estas culpas veniales, que llaman voluntarias.

MAESTRO. Lee el capítulo III de la «Teología mística» de Henrico Harpio, varón de mu-

cha erudición y de alta contemplación, y allí podrás ver lo que yo temo poner aquí, por no desconsolar á los flacos y principiantes en la virtud. Son tales, que en una Summa que compuso el muy docto P. Fr. Bartolomé de Medina osa afirmar, que el que se confiesa sólo de pecados veniales, si no lleva propósito de enmendarse de ellos, peca mortalmente y la confesión es inválida; porque es regla general, que cuando la forma del Sacramento se aplica donde no hay verdadera materia, es sacrilegio y pecado mortal. Y aunque no hay obligación de confesar estos veniales, ya que se confiesan, se han de confesar debidamente, esto es, con dolor y propósito de la enmienda. Mira tú ahora qué camino lleva de subir á la perfección el que de asiento y de su voluntad se está en ellos y busca las ocasiones para pecar.

§ XIII.

DISCÍPULO. Temerosa cosa será, por cierto, y de grande espanto, ver en aquel final juicio salir á luz y á examen las palabras, los deseos y las obras de cada uno, para ser tocadas y examinadas en el contraste de la divina Justicia.

MAESTRO. Allí se descubrirá claramente

si en lo que fuera hacíamos nos buscábamos más á nosotros y á nuestro propio interés que la gloria de Dios y la utilidad del prójimo. Y si bien lo quieres considerar, estas son las cosas que promete Dios calificar y apurar en juicio, que no los pecados grandes y públicos, y de todos conocidos. Cuando tomare el tiempo, dice El, yo juzgaré las justicias; conviene á saber: el ayuno, la limosna, la oración, el cilicio, el remiendo y el pie descalzo, y lo demas que tiene apariencia de santidad y justicia. Este examen y toque temía el Santo Profeta cuando, hablando con Dios, le dice: «Pues que Vos, Señor, alumbráis mi lámpara, alumbrad también mis tinieblas; que es como si más claro dijera: Vos me dáis que haga obras de luz, yo lo confieso; pero no basta para que os agradéis de ellas, si llevan mezcladas algunas tinieblas, si las oscurece algún humo de vanidad, de interés propio ó de alguna otra siniestra intención. *Quoniam tu illuminas lucernam meam Domine: Deus meus illumina tenebras meas.*

DISCÍPULO. En verdad que es devota oración esa, para cuando pones la mano en alguna obra virtuosa, y que la tengo de decir de ordinario; porque á mi parecer mucho de esto exterior que hacemos debe de ir oscuro y lleno de tinieblas; porque obramos sin re-

cato, y algunas veces no es puro Dios el que nos mueve á obrar. A mí me ha acontecido sentirme muy flaco para estar de rodillas en el coro y á mis solas un cuarto de hora, y en saliendo en público perseverar de esta suerte más de una hora sin sentir cansancio; y también hallarme secos los ojos y sin poder derramar una lágrima á solas, y delante de gentes salirme hilo á hilo, hasta ser oído y visto de los circunstantes; y maravillábame que diesen los hombres tales fuerzas y tal devoción y espíritu.

MAESTRO. Por eso dijo San Pablo, que se probasen los espíritus, porque no son todos de Dios. Y cierto supo muy bien lo que dijo el que inventó aquel proverbio de: «No es todo oro lo que reluce». Créeme, hijo mío, como á experimentado, que no es toda humildad lo que humildad parece, ni todo caridad lo que tiene apariencias de ello, ni todo santidad lo que es así intitulado y celebrado por santo; ni andan de un traje el cuerpo y el espíritu; porque yo he visto al cuerpo vestido de andrajos y el corazón de tela de oro, y al revés también. Si se hubiese de hacer juicio de la ligereza de las aves por las alas y plumas solamente, más había de volar el avestruz que el neblí, porque tiene más pluma y mayores alas; pero no es así, porque el

neblí sube hasta las nubes, y el avestruz no se levanta del suelo: es ave pesada y tiene mucha carne, y sus alas no son más que una ostentación, para que se vea que es ave. ¡Y cuántos tienen mayores alas y más pluma que el avestruz, que nunca vuelan ni se levantan á pensar y contemplar cosas de la otra vida, ni por una hora! Tienen alas para ostentación, para ser tenidos por santos, espirituales y contemplativos; y al fin, todo carne, todo mundo, todo tinieblas y todo noche. ¡Ay de los tales cuando sus justicias lleguen al contraste de la Divina, que sin duda oirán: Ya recibisteis vuestro premio y galardón! Apartaos de mí, obreros de maldad, que no os conozco, ni tengo obligación á vuestros ayunos, disciplinas, oraciones, cilicios ni limosnas; porque nada de eso se hizo pura y principalmente por mí. Y tú, hijo, anda con Dios, que ya es tiempo, y guárdate de la mala levadura de los fariseos, que es la hipocresía, que por poca que sea, atrae á sí y corrompe toda la masa de nuestras buenas obras.

DISCÍPULO. Atemorizado me despides, y en verdad que pienso vivir con gran recato para no perder el trato de tantos trabajos como se pasan en la religión, y el de las obras exteriores, que hacemos por la obediencia y también por nuestra voluntad.

MAESTRO. Enséñete Dios y guíete con su luz y verdad; y tú ten mucho cuidado de acudir temprano aquí á la huerta, que es lugar sólo y bien apacible, y, como dice San Cipriano á Donato, aparejado para coloquios y pláticas espirituales. La nuestra será, con el favor del cielo, de las puertas por donde se entra al Reino de Dios; y por ventura llegaré á tratar de los enemigos que defienden estas entradas, porque deseo que rifes con ellos y entres á ver las grandes riquezas del Reino eterno. El te acompañe.

DISCÍPULO. Y quede contigo. Amén.



DIÁLOGO TERCERO.

DE CUATRO PUERTAS Ó ENTRADAS PARA EL REINO DE DIOS, QUE SON: HUMILDAD, ABNEGACIÓN DE LA PROPIA VOLUNTAD, TRIBULACIÓN SUFRIDA CON PACIENCIA, Y MUERTE DE CRISTO NUESTRO REDENTOR.

§ I.

MAESTRO. Tárdase mi discípulo y pásase el tiempo, tan precioso, que vino á decir San Bernardo que es perdido el que no se ocupa en pensar ó tratar de Dios. Y con razón, porque se debe estimar y tener en mucho, pues siendo tan corto, se pueden granjear y perder en él tantas riquezas espirituales.

DISCÍPULO. Con justo título puede hoy ser reprendida mi tardanza; aunque el pensar que me esperabas ha sido harta reprehensión para mí y no pequeña penitencia.